HUMOR INOCENTE

EL MUNDO. LUNES 30 DE DICIEMBRE DE 1996

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

El periodismo político es un género literario compuesto de muchas y raras especies. Aunque son muy pocos los que saben escribir y conocen las materias de que tratan, casi todos hablan como si tal cosa del Poder y, aparte de cobrar salario, no saben por qué ni para qué lo hacen. No me estoy refiriendo a los periodistas por antonomasia, a los que cuentan las obras y peripecias del Poder con profesionalidad, ni tampoco a los escritores que derraman su talento literario y su fértil imaginación en los periódicos. Estaba pensando en esa negra turba de zapadores de ideales que se creen periodistas de opinión y que sólo sirve en realidad como fondo de contraste para media docena de columnistas y tertulianos que merecen ser leídos y escuchados. Ellos son los que mejor escriben de política y los más dotados de sentido moral para analizar al Poder y criticarlo con ánimo constructivo. Por eso son, aunque no lo sepan, asesores desengañados de todos los Gobiernos. Ven bien las contradicciones de los hechos con las normas y con las ideas dominantes. Pero les aterra pensar que no tengan solución dentro del sistema. Esto, el terror al cambio, les diferencia del análisis humorista.

El analista político está inmerso en las corrientes de gentileza hacia el Poder que la tradición cultural de los pueblos pobres impone a todos los que se le acercan, aunque sea para criticarlo. El revolucionario, el outsider y el humorista parecen capaces de escapar a esta regla de cortesía en el pensamiento crítico. Pero sólo el humorista está socialmente legitimado para hacerlo. ¿Por qué? ¿Por qué todo el humor gráfico, incluso el de Mingote, es rupturista y no rompe? ¿Por qué son inocentes los chistes que retratan con fidelidad el horror de la realidad política? ¿Por qué unos pueden decir en broma la verdad política que sería inadmisible oír a otros en serio? ¿Por qué los humoristas calman la tensión producida por la terrible realidad que ellos mismos denuncian? Hace tiempo que deseaba descifrar este enigma. El día de los Inocentes me hizo pensar en los cuentos del Renacimiento, que hacían reír a serios creyentes con obscenos milagros de los santos y vicios reales de los cardenales, sin poner en entredicho las ideas beatas imperantes. Lo divertido era precisamente que la vida real contradecía en toda regla la teoría católica y, sin embargo, ésta permanecía incólume.

Esto es exactamente lo que sucede con los humoristas gráficos del periodismo español. Aunque parecen más agudos y atrevidos que los articulistas críticos, en realidad son menos penetrantes en el análisis, más conservadores en la actitud y hasta menos sensibles ante la maldad del Poder, que sus colegas razonantes. En el fondo les importan tan poco los horrores que denuncian, que hasta los encuentran divertidos si son negados con torpeza por quien los comete. El sentido del humor les atrae tanto hacia el centro de lo visiblemente grotesco que dejan de ver la causa invisible que lo produce. No hay chiste que nos descubra nada. Si lo hiciera dejaría de tener gracia. Lo que nos hace reír es una evidencia chocante o sorprendente en la que no habíamos reparado, pero de la que éramos conscientes. Y si lo pensamos bien, la diferencia del humorista con el analista no está en su supuesto coraje ante la eventualidad del cambio político que suprime la contradicción revelada en sus chistes, sino en una menor conciencia de que los hechos que delata en su dibujo sean destructores de la norma. No teme al cambio porque ni siquiera se lo imagina. Y se representan los crímenes de los gobernantes como una divertida travesura que los hechos juegan a las personas, sin comprometer al sistema.